



CAMILO JOSÉ  
CELA

**VIAJE  
AL PIRINEO  
DE LÉRIDA**

«La vida se inventó para vivir y para dejar vivir, para caminar, para amar a las mujeres que cruzan por el camino, para comer el pan honesto y el jamón curado, para beber el agua de la fuente y el vino de los lagares, para ver mundo y hablar de las cosechas y las navegaciones, para bañarse en el restañó del río que cae del monte y secarse después del sol, sobre la yerba».

Con esta premisa, Cela nos adentra en un recorrido apasionante por parajes de privilegiada belleza, como el Pallars Sobirà, el puerto de la Bonaigua o el Valle de Arán o Saldú.

Sin abandonar su estilo inconfundible, aquel que mezcla con acierto la descripción poética y a la vez irónica con diálogos vivos e implacables, Cela capta de manera magistral la idiosincrasia de un lugar y de una época excepcionales.

Una obra que recordará al viajero al Cela de obras tan emblemáticas como «Viaje a la Alcarria», «Del Miño al Bidasoa» o «Primer viaje andaluz».

*A mi amigo don Felipe, castellano de Buñol, en el reino de Valencia, viejo artillero que perseguía los conejos a palos.*

*Ao meu amigo Xosé Luis, pastequero pontevedrés que deitábase, nudo com'ó nubeiro, ao solío montesío (qu'eu ben o vin).*

*I al meu amic Josep Maria, quàquer barceloní, mestre en trotades de llop i home de bé.*

Yo vivo con mi antigua y usada  
llaneza y con la simplicidad cristiana:  
voime por el camino carretero.

A. DE CÁCERES Y SOTOMAYOR

## EL CALENDARIO DEL CORAZÓN

Las piernas son las alas del corazón, también el calendario del corazón y, con dos piernas, una tras otra y decididas, un hombre es capaz de patearse el mundo de banda a banda, de comerse al mundo por los pies. Virgilio cantó los pies, copiando a Homero, y Góngora, imitando a Virgilio, cantó los pies:

Su vago pie de pluma  
surcar pudiera mieses, pisar ondas,  
sin inclinar espiga,  
sin violar espuma.

El viajero no tiene alados los pies, que los enseña toscos y romos: a juego con el lastre que lleva en el corazón. Al viajero le duelen ya los pies de tanto andar y, sin embargo, el viajero no quisiera detenerse jamás de los jamases: morir en medio del camino, como un viejo caballo, y con las abarcas puestas, según es uso de pastores, resulta una noble suerte de muerte, un hermoso final para andarines con la ilusión mojada por la lluvia del tiempo y con plomo en las escarmentadas alas del alma.

Son las tres y media de la madrugada del día 12 de julio de 1963, viernes; hoy hace años que murió en la plaza de Toledo la señorita torera Santa Marciana, virgen y mártir. El viajero escribe en pelota, en los hartos y pegajosos cueros del verano y socorrido por un chirriante ventilador vetusto que le barre los malos sentimientos del pecho y los malos pensamientos de la cabeza. Hace mucho calor y el viajero,

pendiente del motor del agua, no puede acostarse todavía, no debe acostarse. Entonces el viajero que, a falta de mayores méritos, es algo aplicado, aprovecha para empezar un libro que debió haber escrito hace ya tiempo. Hoy es un día oficialmente alegre para el viajero. Los nacimientos son siempre oficialmente alegres; a veces, sin embargo, las alegrías oficiales acaban como el rosario de la aurora. Ésta es cosa que no puede saberse hasta que sucede y ya no tiene arreglo. Los hijos que salen tontos, o que la ley cuelga de la horca, o que la guerra mata, más hubiera valido que ni naciesen. El viajero tiene el deber de estar alegre; también tiene el deber de echar un ojo por el motor del agua. El viajero fuma puros (el viajero se quitó hace unos días de fumar papel), y bebe vino tinto con sifón, que es refresco saludable y que cría muchos glóbulos rojos. Dentro de un mes hará siete años que el viajero se empezó a patear, un pie tras el otro pie, la bota de tintillo al cinto y la mochila al hombro, el montaraz escenario del libro que hoy comienza. El viajero es hombre de memoria; además, por el camino fue recogiendo y guardando flores, que es oficio de vagabundo sentimental, y apuntando en un cuaderno y con buena letra las incidencias del viaje: aquí se come bien; esta moza debe tener las carnes prietas y aromáticas (ojalá encuentre un marido que sepa gozarlas); por el río arriba salta la trucha; a ese monte que queda a la parte de levante le dicen el Cuco, en la sierra de Aurati; aquella mujer tuerta y bigotuda bien podía haberse quedado en su casa, etc. La memoria es fiel aliada del viajero; a los cuadernos no hay peligro de que le vuelen las hojas porque están cosidas (el viajero antes de llegar a la mitad del viaje reforzó su cuaderno con esparadrapo).

A siete años de un suceso (un amor, una matanza entre cristianos, un ahogado que llega hasta la orilla) el suceso ya es otro; aunque no falle la memoria, el color del poso de la memoria es otro: ni mejor ni peor, quiere decirse, sino diferente. Este libro no hubiera sido el mismo de haberse escri-

to sobre la marcha o inmediatamente después de la marcha. El viajero no piensa que haya acertado dejando pasar el tiempo; tampoco se atrevería a confesarse errado. El viajero tiene un concepto muy relativo de los hombres y sus situaciones (el humor, los viajes, la necesidad, etc.) y piensa que la verdad no es una sino varia, cambiante y esquiva. (Heidegger y Zubiri se han planteado el problema de la verdad más radical; éste es otro cantar e incidir sobre ello arrastraría, tanto al viajero como al lector, muy lejos de las aireadas trochas que ahora han de caminarsen). Entre europeos la verdad suele tener dos caras, como el dios Jano, dueño de las espitas de la luz y árbitro celestial de los orígenes. El viajero, en esto, se siente más cerca de los chinos, quienes piensan que la verdad, como todo, puede tener tres lados: el de cada uno de ambos dialogadores y el cierto y verdadero que, con frecuencia, no es ninguno de los dos.

Las cosas suceden siempre inevitablemente y, de otra parte, tan sólo aquello que sucede es considerable. Este libro no se escribió antes porque, según se ve, no pudo haberse escrito antes. La historia no es arte jeremíaco sino ciencia concreta y el deber viene condicionado por todo aquello que lo hace posible. Es arriesgado, pero cierto, decir que no sólo se hace lo que se puede hacer (y tan sólo lo que se puede hacer), sino que se hace siempre lo que se debe hacer y no más. Deber hacer lo que fuere, poder hacerlo y, efectivamente, hacerlo, son una y la misma cosa. El deber, el poder y el hacer no son conceptos absolutos y morales, sino evidencias de muy modestos alcances. El pecado del hombre es el orgullo, que se manifiesta en la confusión de los términos deber, poder y hacer. El hombre no debe llegar a la luna hasta que pueda hacerlo, y no podrá hacerlo hasta que realmente lo haga. (El búho de la noche, asesino de verderoles y de jilgueros dormidos en la pinada de Bellver, silbó un silbo que, en su lengua, dice: ¡filosófico estáis, jodío vagabundo!).

Sí. Las piernas son las alas del corazón y su adorno; el calendario del andariego corazón y su lujo; el remo del corazón liberal y su postín. Al viajero ya se le van cansando las piernas de caminar el santo suelo de la dura y pagana España, y se dispone a escribir las sosegadas aventuras de su viaje (que nuestro señor el apóstol Santiago quiera no hacer el último, amén) con cierto resignado escepticismo, con no poco dolor. El viajero no teme a la vejez, aún lejana, y menos a la muerte, que nadie sabe a qué distancia está. Al viajero, en cambio, le asusta el pensamiento de llegar a perder los arrestos de tierna bestezuela que siempre tuvo. El viajero se siente, todavía, amigo del lobo del monte, del pinzón que canta en la zarza, de la libélula que tiembla en el aire, del limaco que habita las sombras del manantial. Al viajero le sobrecoge la idea de poder sentar cabeza algún día —como el caballo domado, el buey manso, el traidor cimbel, el puerco que se deja capar y cebar— y piensa que un vendedor de baratijas que va de pueblo en pueblo, un cómico de la legua, un mendigo, si hacen lo que quieren (y quizá la receta de la sabiduría sea no querer casi nada), son hombres más de admirar que un obispo o un subsecretario.

La vida no es muy larga, el que más dura no llega a los cien años. La vida es un regalo que los dioses han hecho al hombre; se les olvidó exigirle que no la hipotecasen. La vida se inventó para vivir y para dejar vivir, para caminar, para amar a las mujeres que cruzan por el camino (con la trenza suelta y la falda pronta), para comer el pan honesto y el jamón curado, para beber el agua de la fuente y el vino de los lagares, para ver mundo y hablar de las cosechas y las navegaciones, para bañarse en el restaño del río que cae del monte y secarse después al sol, sobre la yerba. El viajero piensa que la vida a contrapelo, la vida de las ciudades y los escalafones, es un pecado triste y aburrido, una atadura puesta por el diablo para mejor gobernar las almas prisioneras.

A esta altura de su vida, el viajero no tiene ya las piernas que tuvo; el viajero no se queja: comenta. A lo mejor, zurrándolas un poco aún pudiera volverlas a su ser. Las quebradas del Pallars, los montes del valle de Arán, las rumorosas algabas del Alto Ribagorza, todavía vieron pasar al viajero, camino de ningún lado, con las piernas pintadas del alegre tinte de nube de la paciencia, del gozoso color de agua de la esperanza.

Sobre el mar de Palma el nuevo sol amanece, poco a poco, tímido aún y pálido. El viajero, lleno de gratitud, se soba las piernas que le llevaron —tan clementes y fieles y puntuales alas y calendario del corazón— por los remotos paisajes que le bailan el suelto en la memoria. Después, el viajero se va a dormir. Mañana será otro día.

PRIMER PAÍS  
EL PALLARS SOBIRÀ

Por la Granadella, en el Pla d'Urgell, se dice del viento: de Pallars a Morella, una meravella; de Morella a Pallars, no en tastaràs.

El viento pallarés moja, sabio y casi clemente, el Urgellet: vent de Pallars, si no portes manta, et mullaràs. La morella, o viento que chifla de la banda de la Morella (montaña que se alza allá por las costas de Garraf, entre Castelldefels y Sitges), es brisa marinera, soplo que no llega muy lejos: la morella, allí on toca lo sol, toca ella.

PASEO AL BUEN AIRE DE LA POBLA,  
CLAVE DE ARCO DE LOS DOS PALLARS

El viajero, como cada hijo de vecino, va a veces a pelo y, a veces, a contrapelo de los refranes. Ni en agosto caminar ni en diciembre navegar, es dicho que no reza con andarines ni mareantes. Los hombres que tienen por oficio surcar las aguas y pisar la costra amable de la tierra, suelen ser gentes responsables y alegres y valerosas, fauna poco propensa a dar pábulo a rumores ni jaculatorias. Por Santa Clara, el que se monta en tren la caga, es refrán que debiera inventarse sin pérdida de tiempo. El 12 de agosto, Santa Clara, de 1956, domingo, el viajero llegó a Pobla de Segur en tren, desde Barcelona. El viajero entiende que escribir sobre el tormento chino del humo, las apreturas y las patadas, sería grave falta de patriotismo. Sí: por Santa Clara, el que se monta en tren, si no muere, la caga.

El viajero, un poco contra sus principios y sin mirar para la economía, se mete —sin suerte— en una fonda. En Pobla de Segur hay, un hotel, dos fondas, tres posadas, una casa de huéspedes, una pensión y tres mesones. Pobla de Segur es un pueblo muy clasificado, muy respetuoso con el derecho administrativo. Llorenç Cortina, el amo y cocinero de la fonda Cortina, no quiere guisar sino para los de Salàs de Pallàs, tratantes en mulas, su vocación secreta.

—¿Y por qué se hizo usted fondista?

—Pues porque me dio la gana y a usted no le importa.

—¡Anda, pues también es verdad!

En la segunda semana de cuaresma se da cita en Salàs de Pallàs la crema de la trajinería, la galana espuma del afanoso guirigay del tratillo, la flor y nata de los trujamanes de tiernos lechuzos, burdéganos de silla para canónigos y reacias candongas de labrantío. Por las cuadras de Balust y de Sensúy, en la cuaresma, cruje el rozuido terne de la mula, el animal que canta en rebuznos entreverados de relinchos. Por la cuaresma, cuando el mundo se viste de morado, Llorenç Cortina sueña con paraísos de mulas eternamente doncellas y muleros airosos como paladines. Entonces, Llorenç Cortina guisa mejor que nadie, y sonríe al parroquiano y hasta al prójimo, y salta a la pata coja, sin que nadie le vea, como los niños felices y alunados. Salàs de Pallàs es geografía que queda al sur de la Pobla, mirándose en las aguas del pantano de Talarn y viendo saltar a dola sobre la peña —a la una, andaba la mula; a las dos, la coz...— al arroyo de la Solana y a su primo pobre el arroyo de las Bruixas.

En Pobla de Segur se topan, como chotos, los ríos Flamisell<sup>[1]</sup> y Noguera Pallaresa, que se remansan, bucólicos y de golpes sensatos, en el pantano de San Antonio de Talarn. El Flamisell es río rápido y juguetón que viene de más allá de Capdella, de los lagos que dicen Peliá y Estany Tort, al norte del Montseny. Si se escribiese con dos eses, Flamissell, significaría llamita; con una sola, como es realmente, no quiere decir nada, aunque muy bien pudiera valer, trayéndolo del latín flumicello, por riachuelo. Cualquiera de las dos etimologías, la cierta y la falsa, se hace verdadera sin más que entornar, poético, el recuerdo: la ventana que jamás cierran ni la necesidad ni el hastío.

En casa de En Miquel Ros, en el restorán Palermo, que es nombre muy conspicuo y pirenaico, fríe las truchas un ángel delicado, clemente y sabio, a quien Dios conserve sus habilidades para mejor solaz y gratitud de todos. ¡Qué tío friendo truchas! ¡Y qué truchas gimnásticas, musculadas y sabrosas, freía el bienaventurado indino! El viajero, que

barruntó que almorzaba de gorra (porque En Josep Maria Boixareu, el alcalde, es hombre con el dinero pronto y que no azuza a sus perros y a sus guardiaciviles contra quienes van de paso), rindió el tenedor cuando iba por la trucha veinticinco; en estos trances, no es indicado corresponder a la caridad con la devastación.

El Noguera Pallaresa es río ladrón de aguas, corriente devoradora de corrientes. El viajero piensa que todos estos ríos del Pirineo son como misteriosos fantasmas cuyas costumbres no se llegan a conocer nunca del todo: si las averigua, ya las irá contando.

En el hotel de la Montaña, una estrella de cine compone su mejor cara de mala leche mientras los figurantes y las figurantas devoran bocadillos de mortadela, que es embutido siniestro pero económico, beben coca-cola, bailan a los acordes de un gramófono de maleta y se meten mano sin mayor recato. Las madres de las figurantas, sentadas sobre sus poderosas cachas ibéricas, calcetean, murmuran y disimulan.

El viajero, que es amigo de bucear las familias de las palabras, piensa que Pallars significa pallers, pajares, almiares. Pallars, según lenguas —y las hay para todos los gustos y de varios sabores—, viene del latín palea, paja; o de palearis, la papada del buey y, trayéndolo un poco por los pelos, las rocas que cuelgan como cortinas; o del nombre de la diosa Palas; o del de Palato, rey legendario, pintoresco y de muy variable humor; o de palea-arx, fortaleza antigua. El viajero ni entra ni sale en la cuestión, aunque supone que en esto, como en el diagnóstico de las enfermedades, no conviene complicar demasiado las cosas, ya que lo más sencillo suele ser, probablemente, lo más cierto. Palea, en latín, significó, antes de paja larga, cascabillo y paja trillada; el primer sentido lo conserva el rético y vive, todavía, entre grisonés; en el norte de Italia sigue mandando el segundo sentido; el de paja larga es el que prevaleció en los demás romances, el catalán entre ellos. En castellano se llama paja